

BIENAVENTURADOS LOS POBRES, PORQUE VUESTRO ES EL REINO DE DIOS

Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les decía: «Bienaventurados (vosotros) los pobres, porque vuestro es el reino de Dios... Pero ¡ay de vosotros, los ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo! (Lc 6, 20.24)

Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. (Mt 5, 1-3)

No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino. (Lc 12, 32)

Antes de meditar sobre estas afirmaciones de Jesús, he creído conveniente hacer unas breves observaciones.

En primer lugar, estamos llamados a situarnos ante el Señor que nos habla aquí y ahora. La palabra de Dios no es una palabra de ayer, sino actual. «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se le oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas». (Hb 4, 12-13) En esta etapa final, Dios nos ha hablado por su Hijo. «Él sostiene el universo con su palabra poderosa». (cf. Hb 1, 1-4; Hch 19, 20) Ahora bien, para que «Palabra de Cristo habite» en nosotros «en toda su riqueza», estamos llamados a escucharla con fe, sencillez y humildad, sin perdernos en disquisiciones y razonamientos, que tienden a oscurecer y debilitar la verdad y novedad de la palabra divina. En la oración y contemplación, dejémonos enseñar por el Espíritu, el verdadero maestro interior. ¡Que la palabra de Dios interprete y juzgue los deseos e intenciones de nuestros corazones!

Una segunda advertencia. La palabra de Dios trasciende la historia, pero nos alcanza en la historia. Ella viene a iluminar nuestras vidas concretas. Es la verdad que nos libera y libera a la humanidad. La evangelización de la cultura y las culturas, como la inculturación del Evangelio del reino conlleva necesariamente dar testimonio de la Verdad. Jesucristo ha dicho: «Yo soy la Verdad». No se trata de imponer unas creencias, pero sí de ser testigos del Verbo encarnado, aun cuando eso comporte ser signos de contradicción en el mundo. El apóstol, que vivía con alegría los sufrimientos para «llevar a plenitud la palabra de Dios» (Col 1, 24-29), exhortaba a la comunidad de los colosenses en estos términos:

Así pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta. Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo. Sed también agradecidos. *La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente. Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.* (Col 3, 12-17)

A comunidad de Tesalónica, después de dar gracias a Dios por su fe, Pablo le recordaba: «al recibir la palabra de Dios, que os predicamos, la acogisteis no como palabra humana,

sino, cual es en verdad, como palabra de Dios que permanece operante en vosotros los creyentes». (1Tes 2,13) Esto es muy exigente tanto para nosotros, que estamos obligados a anunciar con fidelidad la palabra de Dios, como para lo que escuchan, que no han de quedarse en la voz del predicador. Todos somos discípulos del único Maestro. «¡Uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos!» (Mt 23, 8)

Una última observación: Las bienaventuranzas son fórmulas clásicas en la tradición bíblica y judía. Expresan o bien el anuncio de una dicha futura: «porque el Señor es un Dios de justicia: dichosos los que esperan en él». (Is 30, 18); o bien una alegría presente: «Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito y en cuyo espíritu no hay engaño». (Sal 32, 1-2); o bien todavía la promesa de una recompensa: «Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cánicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche». (Sal 1, 1-2)

Como lo indican los cánticos del Magníficat y del Benedictus, María y Zacarías, animado por el Espíritu, celebran la visita favorable de Dios a su pueblo, la salvación y liberación ha llegado para los pobres y afligidos. Lo mismo atestiguan los pastores, los ancianos Simeón y Ana, así como los Magos. «Dios ha visitado y redimido a su pueblo», «a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos». Dios ha inaugurado su reinado de justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo. La transfiguración del mundo está realizándose ya. El reinado definitivo de Dios se ha iniciado. ¿Lo creemos?

I.- EL MESÍAS POBRE

Las bienaventuranzas, como es sabido, introducen el manifiesto del Mesías, enviado a evangelizar a los pobres de la tierra. A través de sus discípulos y seguidores, Jesús se dirige a la humanidad entera. Las bienaventuranzas no son leyes, como lo fuera el decálogo, el protocolo de la alianza del Sinaí, sino «enunciados de valor», «promesas». Ellas nos introducen en una «dicha paradójica», difícil de aceptar por la razón y la cultura del bienestar, si falta la fe. En efecto, la dicha que se promete está más allá de la vivencia inmediata. Es muy importante, por tanto, comenzar nuestra meditación contemplando cómo Jesús, el Mesías, ha vivido en la historia su condición de pobre.

En el misterio de la encarnación contemplamos el despojo radical del Hijo de Dios. «El verbo se hizo carne», se despojo de su condición divina y se hizo uno de tantos (cf. Flp 2, 6ss). Se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Y esto por gracia. «Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza». (2Cor 8, 9; cf. Hb 2, 5-18) La pobreza de Jesús es fuente de riqueza. Quien no comprende esto, no comprenderá el sentido de la bienaventuranza.

El signo que los ángeles dan a los pastores, para reconocer al Salvador, Mesías y Señor, es de lo más significativo.

«No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». (Lc 2, 10-12)

Resucitado de entre los muertos, Jesús presenta sus llagas de pies, manos y costado como el signo para que sus discípulos lo reconozcan. A los discípulos de Emaús, que habían visto

en él a «un profeta poderoso en obras y palabras», les explica cómo el Mesías debía entrar en su gloria, padeciendo. Tal era la interpretación correcta de la Ley y los Profetas. Y lo reconocieron en la fracción del pan. (cf. Lc 24, 13-49)

Del pesebre a la cruz gloriosa, Jesús vive realmente como «un pobre». Gana el pan con el sudor de su frente. Habita y trabaja en un pueblo insignificante, de mala reputación. Su familia es modesta. En su vida pública, vive la pobreza de un itinerante, no tiene donde reclinar la cabeza. Él y los Doce eran socorridos por algunas mujeres con sus bienes.

Después de esto iba él caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, proclamando y anunciando la Buena Noticia del reino de Dios, acompañado por los Doce, y por algunas mujeres, que habían sido curadas de espíritus malos y de enfermedades: María la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes; Susana y otras muchas que les servían con sus bienes. (Lc 8, 1-3)

Jesús fue un auténtico signo de contradicción, alabado por unos y desprestigiado por otros. Se le acusó de ser un comilón y bebedor, de blasfemo y subversivo. Hará la experiencia del abandono del Padre. Morirá en el madero de los malditos. Y todo por amor. En Jesús todo arranca del amor del Padre. Por amor fue enviado por el Padre, en una carne semejante a la nuestra. Por amor hasta el extremo lavó los pies de sus discípulos. Y para revelar al mundo su amor por el Padre, fue libremente a la cruz:

La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: “Me voy y vuelvo a vuestro lado”. Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis. Ya no hablaré mucho con vosotros, pues se acerca el príncipe de este mundo; no es que él tenga poder sobre mí, pero es necesario que el mundo comprenda que yo amo al Padre, y que, como el Padre me ha ordenado, así actúo. Levantaos, vámonos de aquí. (Jn 14, 27-31)

Jesús pobre nos traza el camino del amor, la obediencia y libertad. Camino de fecundidad y gloria. En ella llegó a su consumación y salvó a la humanidad. En la vida del Mesías pobre y de los pobres, encontramos momentos de alegría en el Espíritu Santo y de turbación, gritos y lágrimas. Su vida es una radical paradoja existencial. Fuerza y sabiduría de Dios, para los creyentes; necedad y escándalo, para los de la razón y los de la Ley.

San Agustín, para estimular a sus oyentes a vivir tras las huellas de Jesús pobre, en el comentario al salmo nueve, lo presentaba como «la cabeza de los pobres».

Pensemos en su pobreza, por si, tal vez, al ser pobres, al menos comprendemos esta. Fue concebido en el seno virginal de una mujer, encerrado en las entrañas maternas. ¡Oh pobreza! Nace en un albergue angosto; envuelto como bebé en pobres pañales, se le pone en un pesebre, y se convierte en alimento para sus pobres monturas; luego, el Señor del cielo y de la tierra, el creador de los ángeles, el hacedor y autor de todas las cosas visibles e invisibles mama, llora, se alimenta, crece, soporta la edad y oculta la majestad. Después es apresado, despreciado, flagelado, burlado, escupido, abofeteado, coronado de espinas, colgado de un madero y traspasado con una lanza. ¡Oh pobreza! He aquí la cabeza de los pobres que yo busco, de la cual es miembro el verdadero pobre. (Sermón 14)

Los evangelios muestran cómo Jesús, a lo largo de su vida pública, tuvo una especial predilección por los pobres, los pequeños y humildes; y también por los pecadores. Esta predilección es la prueba de la soberana liberalidad y gratuidad de Dios. Todos estamos

invitados a poner nuestra esperanza y confianza en el Señor; y a cultivar una verdadera compasión con los desgraciados, empobrecidos y mal amados de este mundo.

II.- LA COMUNIDAD POBRE DE LOS DISCÍPULOS

*Y dijo a sus discípulos: «Por eso os digo: No os inquietéis por la vida, qué vais a comer; ni por el cuerpo, con qué os vais a vestir, pues la vida es más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Fijaos en los cuervos: ni siembran ni cosechan, no tienen despensa ni granero, y Dios los alimenta; ¡cuánto más valéis vosotros que los pájaros! ¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? Por tanto, si no podéis lo más pequeño, ¿por qué inquietaros por lo demás? Fijaos cómo crecen los lirios, no se fatigan ni hilan; pues os digo que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno de ellos. Pues si Dios viste así a la hierba que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! Y vosotros no andéis buscando qué vais a comer o qué vais a beber, ni estéis preocupados. La gente del mundo se afana por todas esas cosas, pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de ellas. *Buscad más bien su reino, y lo demás se os dará por añadidura.**

No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino. Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no se estropeen, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. (Lc 12, 22-34)

En aquella hora, se llenó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a *los pequeños*. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». Y, *volviéndose a sus discípulos*, les dijo aparte: «*¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis!* Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron». (Lc 10, 21-23)

Estos textos, en mi modesta opinión, nos permiten comprender mejor el sentido de los pobres para Jesús, siguiendo los evangelios de Mateo y Lucas. Lucas acentúa la realidad sociológica de los pobres. Mateo la actitud de los pobres según Dios.

Según los evangelistas, la comunidad de los discípulos de Jesús está compuesta de personas venidas de extractos sociales, culturales y religiosos muy diferentes: pescadores que dejan todo para seguir a Jesús, Leví el publicano, mujeres con una cierta fortuna... etc. Lo mismo sucede en la primera comunidad. La carta de Santiago lo rubrica:

Que el hermano de condición humilde se sienta orgulloso de su alta dignidad, y el rico de su pequeñez, porque pasará como flor de hierba. Pues sale el sol con su ardor y seca la hierba, se cae la flor y se pierde la belleza de su aspecto; así también se marchitará el rico en sus empresas. Bienaventurado el hombre que aguanta la prueba, porque, si sale airoso, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que lo aman. (Sant 1, 9-12)

Pero una cosa es clara. El que quiera caminar con él, ser su discípulo debe abrazar su estilo de vida pobre (más adelante hablaré de Jesús y las riquezas). Jesús afirma: «Así pues, todo aquel que de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío». (Lc 14, 13) «Las zorras tienen madrigueras, y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». (Lc 9, 58) Al rico, que había observado todos los mandamientos, lo amó y le dijo: «Todavía te falta una cosa: vende todo cuanto

tienes y distribúyelo a los pobres –y tendrás un tesoro en los cielos–; luego, ven y sígueme». Y al verlo marchar el Señor dijo: «¡Qué difícil es para los que tienen riquezas entrar en el reino de Dios!...» (Lc 18, 18-30)

Los pobres según Dios no se apoyan en los bienes humanos, sino sólo en Dios. ¡Dios basta! Se les pide no estar preocupados por lo que han de comer, beber y vestir, sino por el reino de Dios. «Buscad más bien su reino y todo lo demás se os dará por añadidura». Y aquí viene la siguiente afirmación que, a mi modo de ver, ilumina desde dentro la perspectiva de la primera bienaventuranza: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino». El reino de Dios es siempre inmerecido. Él lo da a los pobres y pequeños. De los niños y de los que se hacen como ellos es el reino de Dios: «Le llevaban también los niños pequeños para que los tocara, pero, al verlo los discípulos, los regañaban. Jesús hizo que se los acercaran, diciendo: «Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el reino de Dios. En verdad os digo, el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él». (Lc 18, 15-17)

Lázaro, cuyo nombre significa, «Dios ayuda», el pobre olvidado e ignorado por el rico, se presenta tras su muerte «en el seno de Abrahán», bendecido de Dios, compartiendo la suerte del patriarca (cf. Lc 16, 19-31). Abrahán no se presenta en la Biblia como un pobre sociológico, a pesar de la opinión de algunos ideólogos. La Escritura habla de sus riquezas, siervos y esclavas. Es bendecido de Dios. Nuestra parábola ilustra el cambio de situación que entraña para el pobre ignorado y el rico inconsciente el paso al mundo futuro. Dios no olvida al pobre. Así lo proclaman las bienaventuranzas. Es preciso escuchar y poner en práctica la palabra de Dios. No olvidemos que la parábola se dirige a «los fariseos, que eran amigos del dinero... y se burlaban de él», pues Jesús acababa de decirles: «No podéis servir a Dios y al dinero». (Lc 16, 13-14)

III.- LOS RICOS Y LAS RIQUEZAS

Pero ¡ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo! (Lc 6, 24)

Jesús no cesó a lo largo de su predicación de alertar a sus discípulos sobre la situación de los ricos y la relación que como discípulos debían mantener con los bienes de este mundo. No es el momento de reseñar todos los textos que encontramos en el evangelio según san Lucas sobre este asunto; pero vaya por delante, antes de comentar brevemente alguno de ellos, esta afirmación de Jesús referida a la salvación de los ricos: «Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios». (Lc 18, 27par) El reino de Dios y la salvación son don de Dios; a él están convocados pobres y ricos. No obstante el Maestro se lamenta de la dificultad especial que los ricos tienen para entrar en la dinámica y lógica del reino.

La parábola de Lázaro y del rico epulón, como acabo de indicar, se dirige a los amigos del dinero, indiferentes ante la situación del pobre. La parábola concuerda con el «ay» por los ricos de Jesús: «Hijo, recuerda que tú recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez males: por eso ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado». Abrahán, reivindicó al pobre y estigmatizó a los ricos, que no escuchan a Moisés y los profetas.

Al ver la suerte de Lázaro y su situación, el rico, movido de compasión por los suyos, quiere alertarlos; pero el padre de los creyentes arguye: «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto». (Lc 16, 19-31) Las riquezas tienden a encerrar al rico en el momento presente, en sí mismo, de modo que le llevan, por

una parte, a ignorar al pobre echado a su puerta y, por otra, a olvidar que está de camino en este mundo, que es un peregrino. La vida, el tiempo y los bienes le han sido dados y debe dar cuenta de ello. Moisés y los profetas se lo recordaron a Israel, el pueblo pobre y oprimido, pero deseoso de riquezas y poder, en lugar de practicar la justicia y el servicio, de caminar pobre y humilde ante el Señor. Recordemos lo que decía Miqueas: «Hombre, se te ha hecho saber lo que es bueno, lo que el Señor quiere de ti: tan solo practicar el derecho, amar la bondad, y caminar humildemente con tu Dios». (6, 8)

Los profetas de la alianza enseñaron: no practicamos el derecho con relación a Dios y al hermano, si no compartimos los dones recibidos de Dios, si no somos magnánimos como él, si nos engréimos, olvidando que todo don perfecto viene del Padre de las luces (cf. Sant 1, 17). Una de las mayores tentaciones del rico (tanto del rico económico, como de los poseedores de otras riquezas) consiste en ser injusto al atribuirse a sí mismo lo que es don de Dios, olvidando que los dones de Dios nos son dados para servir al resto de la humanidad. Es una tentación personal, pero también como pueblo y nación.

Detengámonos un momento en otra parábola muy significativa del Señor. Ella da cuenta del lamento de Jesús ante la suerte del rico, si no se convierte y vive en la lógica del pobre según Dios, esto es, siendo «rico ante Dios».

Entonces le dijo uno de la gente: «Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia». Él le dijo: «Hombre, ¿quién me ha constituido juez o árbitro entre vosotros?». Y les dijo: «Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes». Y les propuso una parábola: «Las tierras de un hombre rico produjeron una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos, diciéndose: “¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha”. Y se dijo: “Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el trigo y mis bienes. Y entonces me diré a mí mismo: Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente”. Pero Dios le dijo: “Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?”. Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios». (Lc 12, 13-21)

También esta parábola conviene leerla desde una perspectiva personal y comunitaria. Moisés, en su discurso-testamento, antes de morir, recordaba a Israel que su existencia como pueblo era puro don de Dios. Por ello tildaba al pueblo de necio e insensato ante el olvido de que su existencia era puro don de Dios.

Él es la Roca, sus obras son perfectas, sus caminos son justos, es un Dios fiel, sin maldad; es justo y recto. Hijos degenerados se portaron mal con él, generación malvada y pervertida. ¿Así le pagas al Señor, pueblo necio e insensato? ¿No es él tu padre y tu creador, el que te hizo y te constituyó? (Dt 32, 4-6)

Jesús, el Mesías de los pobres, después de alertarnos sobre «la codicia y la avaricia», que es una idolatría según el apóstol (cf. Col 3, 5; Ef 5, 5), enseña en la parábola que la vida no depende de los bienes. Es una advertencia muy sabia. La vida es don y el hombre tiende a olvidarlo. La fe es don. El discipulado es vocación. No elegimos, nos eligen. No olvidemos: la vida es vocación y misión. Jesús alerta: Necio es el que pone su confianza y su dicha en los bienes de la tierra. Nuestra verdadera riqueza y tesoro se encuentra en Dios. Él es el tesoro por el que vale la pena venderlo todo. Él es la perla preciosa y buscada por la que el comerciante inteligente no duda en desprenderse de las perlas de menos valor. Jesús no está contra los bienes del mundo, pero denuncia la tentación de poner en ellos nuestra confianza y de atesorar para sí en lugar de ser rico a los ojos de Dios.

El Maestro dirige su advertencia a todos, también a los discípulos que han dejado todo para seguirlo. Los pobres según Dios, los que han puesto su confianza en él, caerían en la tentación si tuvieran envidia de la suerte del malvado, acumulando bienes. (cf. Sal 73 (72))

En este sentido conviene volver a escuchar la exhortación que el Señor nos hace a todos los que ya hemos recibido el reino por gracia.

Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no se estropeen, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. (Lc 12, 33-34)

Cuando uno recorre el evangelio según san Lucas sobre la enseñanza de Jesús sobre los ricos, comprende mejor su formulación de las bienaventuranzas en segunda persona: Sus discípulos somos bienaventurados si nos mantenemos pobres y no codiciamos las riquezas de este mundo, si no somos «amigos del dinero». «¡No podéis servir a Dios y al dinero!».

El evangelista san Mateo, formulando la bienaventuranza en tercera persona y añadiendo «en espíritu», la presenta, por una parte, como un camino de dicha para todo el que viva de acuerdo con su dinamismo profundo; y, por otra parte, insiste cómo los pobres están también llamados a convertirse, a poner toda su confianza en el Señor, como verdaderos *anawim*, evitando la codicia, el deseo de riquezas, la envidia de los ricos y poderosos de este mundo. Lucas enseña sobre la suerte del rico que pone su confianza en las riquezas, y del pobre, que pone su confianza en el Señor. Las parábolas del tesoro y de la perla preciosa insisten en venderlo todo con alegría. El diálogo de Jesús con sus discípulos, cuando el hombre rico se marchó triste ante la propuesta de vender todo lo que tenía y darlo a los pobres, para luego seguirlo.

Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!». Los discípulos quedaron sorprendidos de estas palabras. Pero Jesús añadió: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios». Ellos se espantaron y comentaban: «Entonces, ¿quién puede salvarse?». Jesús se les quedó mirando y les dijo: «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo». Pedro se puso a decirle: «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Jesús dijo: «En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más —casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, *con persecuciones*— y en la edad futura, vida eterna. Muchos primeros serán últimos, y muchos últimos primeros». (Mc 10, 23-31)

La armonía de la palabra de Dios es maravillosa. La carta de Santiago urgía a la comunidad de los creyentes a no hacer acepción de personas, a no juzgar y actuar «con criterios inicuos», esto es, el que humilla y menosprecia la dignidad de los pobres, a quienes Dios eligió como herederos del Reino.

Escuchad, mis queridos hermanos: ¿acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman? Vosotros, en cambio, habéis ultrajado al pobre. ¿No son los ricos los que os oprimen e incluso os arrastran a los tribunales? ¿No son ellos los que injurian el hermoso Nombre que ha sido invocado sobre vosotros? Si cumplís la que, según la Escritura, es la ley regia: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», hacéis bien; pero si establecéis diferencias entre las personas, cometéis pecado y esa ley os acusa como transgresores. (Sant 2, 5-9)

IV.- LA FUERZA DE LA BIENAVENTURANZA DE LOS POBRES

Cristo nos ha enriquecido con su pobreza. A los discípulos les enseñó cómo la viuda pobre que había echado un cuadrante en el arca de las ofrendas, había echado más que nadie, pues había echado todo lo que tenía para vivir (cf. Mc 12, 41-44). El Señor y el mundo no ven y valoran la realidad de la misma manera.

Pedro, acompañado de Juan, dijo al lisiado de nacimiento: «No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda». La fuerza del Apóstol no radica en los bienes de este mundo. La evangelización no es lo mismo que la propaganda religiosa.

Pablo recordó a la comunidad de Corinto, deseosa de poder y prestigio en la ciudad rica comercial, cultural y religiosamente, cómo Dios había elegido lo que no cuenta a los ojos del mundo, para que nadie se gloriase ante él. Estigmatizaba a los que menospreciaban a los pobres; y decía: «Dios organizó el cuerpo dando mayor honor a lo que carece de él». (1Cor 12, 24) «Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (2Cor 4, 7). Los enviados del Señor avanzaban «como pobres, pero que enriquecen a muchos, como necesitados, pero poseyéndolo todo». (6, 10) Y el mismo Pablo ante la respuesta del Señor a su petición insistente: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad», escribe: «Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (12, 1-10)

Hoy, como Institutos Seculares, conviene que nos planteemos cómo vivir de forma consciente la fuerza de la bienaventuranza de ser pobres, si queremos contribuir a la transfiguración de nuestro mundo desde dentro. Y para ello es necesario dejar de lado la contabilidad propia de la mundanidad. Dios mira el corazón y no las apariencias, ni los números. Teniendo esto presente, he aquí algunos puntos en los que creo importante insistir de acuerdo con el carisma de la secularidad consagrada.

1.- Ver a los pobres con los ojos de Dios

Escuchad, mis queridos hermanos: ¿acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman? (Sant 2, 5)

Dios ve «al pobre, a la viuda y al huérfano». Ensalza su dignidad y la defiende. Dios se enamoró de un pueblo oprimido e insignificante a los ojos del mundo. La carta de Santiago nos sigue interrogando: «Escuchad, mis queridos hermanos: ¿acaso no eligió Dios a los pobres como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman?» La mirada de Dios y la mirada de la razón utilitarista e intrascendente difieren de forma radical. No seamos «jueces de criterios inicuos». Hablemos y actuemos «como quienes van a ser juzgados por una ley de libertad, pues el juicio será sin misericordia para quien no practicó la misericordia; la misericordia triunfa sobre el juicio». (Sant 2, 1-13)

Ver con los ojos de Dios o, lo que es lo mismo, con los ojos de la fe, es ver además en los pobres al Señor, pues con ellos quiso identificarse al llamarlos sus «hermanos más pequeños» (Mt 25, 40.45; cf. Mt 10, 42; 11, 25; 18, 6-14). No se trata de idealizar a los pobres, sino verlos en la luz del Señor-Siervo. San Vicente Paul lo recordaba de forma plástica:

Nosotros no debemos estimar a los pobres por su apariencia externa o su modo de vestir, ni tampoco por sus cualidades personales, ya que, con frecuencia, son rudos e incultos. Por el contrario, si consideráis a los pobres a la luz de la fe, os daréis cuenta de que representan el papel del Hijo de Dios, ya que él quiso también ser pobre. (Oficio Lecturas 27 septiembre)

Quien ve a los pobres con los ojos de la fe, los servirá como a sus señores y los escuchara de manera especial. Entonces seguirá con alegría a Jesús pobre y se sentirá invitado a compartir su misión de llevar la Buena nueva del reino de Dios al corazón de los más abandonados y desamparados por el mundo. A los ojos del Señor, la viuda del cuadrante dio más que los ricos. A los ojos de la fe aprendamos a servir a los pobres al estilo de Jesús y como los grandes de este mundo. Jesús sirvió y dio la vida desde el último lugar.

2.- Escuchar a los pobres con los oídos del Señor

Alguien definió a los pobres como aquellos que escuchan a todos y no son escuchados por nadie. Y esto es bastante verdad en nuestra sociedad. El Señor escucha el grito del mendigo ciego. Lo llama y lo pone en el centro de la muchedumbre, que trataba de acallar su grito. El Señor oye y despierta la gozosa esperanza del ciego, que acude a él de un salto. El Señor escucha nuestra oración en la medida que nace de un corazón pobre y deseoso de conversión. La oración que no nace de un corazón pobre, se asemeja a la oración del fariseo que se congratulaba ante Dios de ser bueno y menospreciaba al publicano (cf. Lc 18, 9-14). El grito de los anawim, tal como resuena en los salmos es el grito de la esperanza del pueblo pobre e insignificante de la alianza. Por ello el Papa Francisco invita a «escuchar el grito de los pobres: que es el grito de la esperanza de la Iglesia».

Escuchar a los pobres con los oídos de Cristo pobre, supone que nos hacemos pobres con él, y que los escuchamos con fe, amor y esperanza. Escuchar y confiar en el pobre, lo dignifica. Dejamos de verlo como un simple ser de carencias, para oír en ellos y a través de ellos, la palabra que el Señor nos sigue dirigiendo hoy a nosotros.

Y esta escucha de los pobres, como la mirada, es necesario renovarla todos los días. Escuchar al Señor en los pobres, cambia las relaciones en el mundo. Dejamos de «juzgar con criterios inicuos», para discernir y acoger en las nuevas situaciones de pobreza la voz del Señor invitándonos a la conversión y al «compartir fraterno» con ellos, como lo postula «una nueva imaginación de la caridad» (MNI 50). El seguimiento de Jesús pobre es gracia. Su escucha, camino de liberación.

Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga «su primera misericordia». Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo» (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia». Esta opción — enseñaba Benedicto XVI— «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza». Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos. (EG 198)

3.- Ser voz de los pobres dentro y fuera de Iglesia

Vivir la gracia del seguimiento de Jesús pobre pide de nosotros, por una parte, dar voz a los que carecen de ella en la Iglesia y en la sociedad, esto es, en nuestras comunidades eclesiales, en nuestros institutos de vida consagrada, en nuestras familias, en la vecindad, el trabajo, la sociedad, la cultura y política; y también en las relaciones entre pueblos en un mundo globalizado. Y, por otra parte, mostrar a los pobres el camino de la verdad y libertad, para que cada uno de ellos viva de acuerdo con su vocación. Los profetas de la alianza siempre dieron voz a los pobres y oprimidos, a los empobrecidos como gustan algunos de decir; pero también urgían a los pobres a buscar al Señor, a poner en él su confianza, fuente de la verdadera esperanza. Jesús se conmovió ante las muchedumbres que andaban como ovejas sin pastor y las instruyó ampliamente y les dio de comer para que nos desfallecieran por el camino. (cf. Mc 6, 34-44) Jesús no creó ni fomentó vagos y haraganes, como diría san Juan de Ávila. En todo momento confrontó a la muchedumbre con la verdad que hace libres. Servir a los pobres es servir su sublime vocación; y su vocación, como corresponde a toda persona, es la divina (cf. GS 22). La persona es un todo: cuerpo, alma y espíritu. La evangelización de los pobres no puede polarizarse en una sola dimensión de la persona.

4.- Los medios pobres en la evangelización

El seguimiento de Jesús pobre nos urge, por tanto, a revisar nuestra manera de llevar a cabo la evangelización de los pobres. Los evangelistas muestran que Jesús no eligió los medios ricos de su tiempo, para llevar a cabo la misión para la que había sido enviado por el Padre en el Espíritu de santidad y verdad. Nació en Belén, en pobre portal. Emigró a Egipto. Se instaló luego en Nazaret, pueblo insignificante y de no buena reputación. No frecuentó las grandes escuelas de su tiempo. Trabajó con sus manos para ganarse el pan. Fue bautizado por Juan Bautista entre los pecadores. Fue tentado. No fue bien visto de todos. Habló y actuó en la dependencia de su Padre. Cuando quisieron hacerlo rey, se retiró solo a la montaña. Ante sus éxitos, se quedaba fuera de la ciudad...etc. Murió en el madero de los malditos. Nos liberó del poder del pecado, de la muerte y nos dio el Espíritu de santidad, verdad y libertad. En modo alguno suplantó la libertad y responsabilidad del hombre, a quien Dios le confió su creación.

Los Institutos Seculares, en mi opinión, estamos llamados a recordar esto en el seno de nuestras comunidades. La Iglesia está en el mundo, pero sin ser del mundo. Por ello me parece que es un contrasentido recurrir a los medios mundanos para llevar al encuentro con Alguien, al encuentro con Jesús pobre y humilde. Él hablaba del Padre y conducía al Padre. He aquí las últimas palabras de Jesús en el cenáculo, según el cuarto evangelio:

Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté en ellos, y yo en ellos». (Jn 17, 25-26)

La evangelización es, ante todo, hablar de Alguien a alguien, a fin de instaurar un real diálogo entre el que llama y el llamado. Jesús anunciaba al Padre y su reino. No se limitaba a anunciar algo: doctrinas, creencias o valores. Él pasaba, veía y llamaba diciendo: sígueme. En el imperativo «sígueme» resuena la llamada personal a la conversión y la fe. La existencia humana es vocación y misión. En el seguimiento es donde los discípulos descubrimos lo que somos a los ojos y lo que estamos llamados a llevar a cabo tras las huellas del Hijo enviado en la carne. El Señor resucitado envió a sus discípulos a hacer

discípulos a todos los pueblos (cf. Mt 28, 16-20). Para ellos les dio el Espíritu Santo. Y lejos de darles medios ricos y fuertes, los envió como el fuera enviado, sin oro y plata, sin el poder de los grandes y poderosos de este mundo, que buscan poder y riqueza, para servir, según ellos, a los pobres. ¡No equivoquemos los caminos de la auténtica evangelización! ¡No caigamos en la trampa de la mundanidad! ¡No sigamos los caminos propios de las sectas y los partidos! ¡Seamos pobres tras las huellas de Jesús y evangelizaremos en el Espíritu como él lo hiciera!

5.- Trabajar para hacer justicia a los pobres

Los anawim, los pobres según Dios, están urgidos a vivir de acuerdo con su condición de hijos del «Padre justo». Como imitadores suyos están llamados a ser justos y trabajar para que se haga justicia a los pobres de la tierra. Misión del Mesías pobre y de los pobres fue hacerles justicia, como anunció Isaías. El seguidor de Jesús, por tanto, ahí donde vive y trabaja, está llamado a hacer justicia al pobre y al inmigrante, a la viuda y al huérfano, es decir a los débiles, desvalidos e indefensos. Y este trabajo debe hacerse con la tenacidad del Siervo y de acuerdo con su manera de hacer.

Releamos para terminar nuestra meditación un pasaje del evangelio según san Mateo donde vemos cómo Jesús desarrolla su misión de Mesías de los pobres y desvalidos de nuestro mundo.

Se dirigió a otro lugar y entró en su sinagoga. Había allí un hombre que tenía una mano paralizada. Entonces preguntaron a Jesús para poder acusarlo: «¿Está permitido curar en sábado?». Él les respondió: «Supongamos que uno de vosotros tiene una oveja y que un sábado se le cae en una zanja, ¿no la agarra y la saca? Pues, ¡cuánto más vale un hombre que una oveja! Por lo tanto, está permitido hacer bien en sábado». Entonces le dijo al hombre: «Extiende tu mano». La extendió y quedó restablecida, sana como la otra. Al salir de la sinagoga, los fariseos planearon el modo de acabar con Jesús. Pero Jesús se enteró, se marchó de allí y muchos lo siguieron. Él los curó a todos, mandándoles que no lo descubrieran. Así se cumplió lo dicho por medio del profeta Isaías: «Mirad a mi siervo, mi elegido, mi amado, en quien me complazco. Sobre él pondré mi espíritu para que anuncie el derecho a las naciones. No porfiará, no gritará, nadie escuchará su voz por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará, hasta llevar el derecho a la victoria; en su nombre esperarán las naciones». (Mt 12, 9-21)

En una palabra, la misión de evangelizar a los pobres tras las huellas de Jesús pobre es arriesgada; pero estamos llamados a vivir «el evangelio de la gracia» con el amor y la gozosa esperanza que pone en nosotros el Espíritu de la verdad y libertad. La gracia del Señor nos recuerda que con su pobreza seguimos enriqueciendo a todos. Por ello escuchamos de nuevo la palabra de Jesús: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino. (Lc 12, 32)